

governador constitucional del mismo Estado. Concluido su período de Vice-governador, fué nombrado por el Congreso Senador para el bienio de 1833 y 1834. En 1841, después de haber renunciado los honrosos puestos de Ministro de Hacienda y Governador del Departamento de Querétaro el Estado de Guanajuato lo nombró su representante al Congreso general.

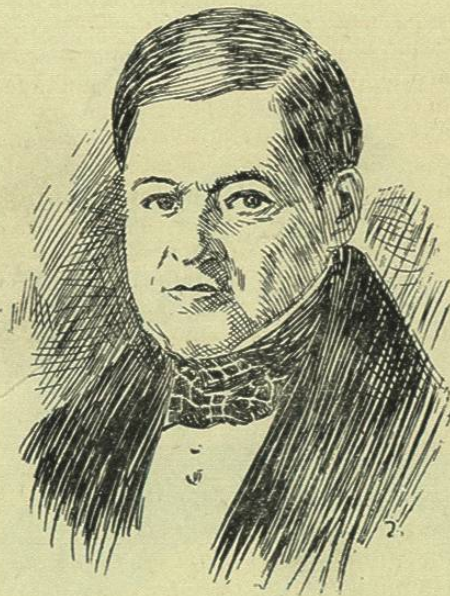
No terminaré estos brevísimos rasgos biográficos, sin transcribir las palabras de sus ilustrados biógrafos, los Sres. Romero, Durán y Conde de la Cortina:

“En las Cámaras—dicen—hizo resonar siempre la voz irresistible de la verdad y de la justicia; en las reuniones de los sabios, tuvo admiradores de su ilustración y de su celo; en el Gobierno desarrolló una acción prodigiosa que no era, por cierto, un movimiento mecánico, sino el parto feliz de una inteligencia enriquecida con los más variados y útiles conocimientos; al mismo tiempo que desplegó todos los talentos, todas las virtudes y la copiosa y pura doctrina de un íntegro magistrado.”

“En los últimos tres años de su vida sintió su debilidad progresiva; pero la sintió sin perturbarse, porque el alma nutrida con la fe que ha practicado la virtud, ve sin susto la aproximación de la última hora. Así es que su muerte fué tranquila y llena de fe como había sido su vida.”

°°

De 1858 á 1860 la Sociedad de Geografía confió la dirección de sus destinos á otro hombre eminente, de esmeradísima educación recibida en las universidades de Inglaterra y España, el sabio xalapeño D. Joaquín M. del Castillo y Lanzas, que vino á la vida en el primer año de este siglo luminoso. Perteneciente á familia de muy elevada posición social, hijo de un hombre ilustre que tuvo por ayudante de campo á D. Agustín de Iturbide, el ingreso de Castillo y Lanzas en la vida pública, fué amparado por los más brillantes auspicios. Ocupó desde luego en la marina y administración del ejército puestos distinguidos, y es raro hallar en la historia de nuestros prohombres, alguien que pueda competir con éste en el aplauso general con que fueron estimados siempre sus servicios en numerosísimos cargos. En época de inmensa ansiedad para México, en 1846, al presentarse en el cielo de la patria los presagios de la más negra y funesta tempestad que la ha atribulado, Castillo y Lanzas subió al puesto de Ministro de Relaciones Exteriores, encargado á la vez del Despacho de Hacienda. Diputado al Congreso General en 1857, nombrado poco después plenipotenciario para arreglar con los Estados Unidos un tratado de neutralidad res-



Sr. Ingeniero Benigno Bustamante,

Vicepresidente de la Sociedad en 1852.



Sr. D. Joaquín Castillo y Lanzas,
Vicepresidente de la Sociedad de 1858 á 1860.



Faint, illegible text, possibly a name or title.



Lic. José María Lafragua
Vicepresidente de la Sociedad en 1868.

pecto á la vía de comunicación por el Istmo de Tehuantepec. Consejero de Estado en 1850, volvió á ser nombrado Ministro de Relaciones Exteriores en 1858, y otra vez Consejero de Estado. En circunstancias tan escabrosas como las que afligian al país en 1853 á 1855, la nación reclamó todo el esfuerzo de su inteligencia y actividad como Ministro Plenipotenciario de México en Inglaterra, puesto en que brilló el mismo acierto con que había llevado antes la representación de México ante el gobierno de los Estados Unidos. Durante 44 años, día por día, sirvió asiduamente á su patria en multitud de honrosas y laboriosas comisiones, habiendo sido la última en 1866, cuando fué como plenipotenciario á Londres, á fin de negociar un tratado de amistad, comercio y navegación con la Gran Bretaña. Mas sus esplendores en la carrera política y diplomática, no eclipsaron los de su carrera literaria y científica.

Fué el primer periodista nacional que apareció en Veracruz después de la emancipación de México. Dirigió los periódicos «El Mercurio», «El Faro», «El Diario de Veracruz», «La Euterpe» y otros diarios, tanto en Xalapa como en Veracruz y México. Publicó versos de estructura y estro virgilianos, y escribió un Tratado de Geografía para las escuelas, de tal manera excelente, que él, unido á sus demás obras de sabio, le elevó al sillón presidencial de esta asamblea, que gobernó durante tres años.

o o

Enorgullécese la ciudad de Puebla por haber sido cuna del ilustre literato, político y diplomático, el Sr. Lic. D. José María Lafragua, vicepresidente de nuestra sociedad. Faltaría, señores, á la justicia, si no dijera algo de este célebre personaje, por más que tengo yo la seguridad de que no habrá en la generación presente, un solo hombre ilustrado que ignore la vida del famoso orador y jurisconsulto.

Nacido en casa opulenta, que recibió terrible golpe de la fortuna; educado merced á una beca de gracia en el Colegio Carolino, hoy del Estado, en su ciudad natal, recorrió con asombrosa rapidez la escala política y literaria, y hasta los puestos más prominentes, en lo judicial, lo legislativo y lo administrativo. Como político, fué batallador incansable que figuró en primera línea durante la turbulenta y prolongadísima época de nuestra conflagración nacional, desde 1835 en que después de recibir el título de abogado se lanzó á la vida pública, hasta el día en que cerró los ojos para siempre. Como diplomático, fué nombrado Ministro de México en París, Roma y Madrid, don-

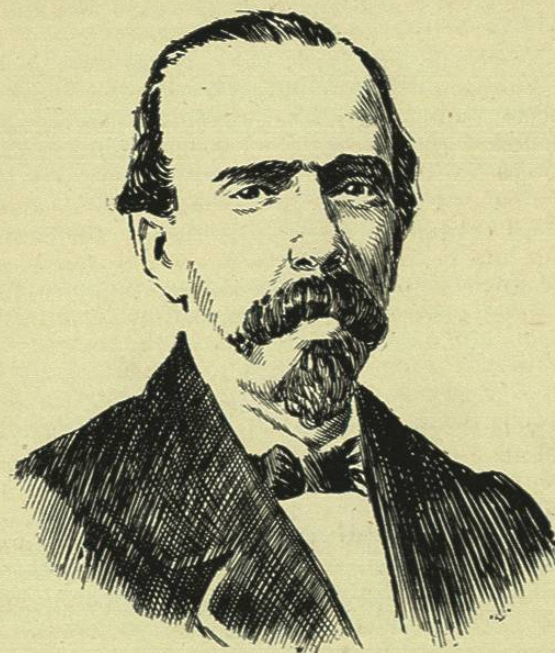
de realizó brillantísima faena, defendiendo los intereses de México; y durante las administraciones de los Sres. Juárez y Lerdo, desempeñó con rara habilidad el Ministerio de Relaciones Exteriores, que servía cuando le sorprendió la muerte en 1875. Como jurisconsulto, fué el Vallarta de su época, redactó en parte el Código Civil y el Penal, ocupó varias veces una curul en la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y su autoridad como jurista sirvió de criterio en los tribunales. Un sabio distinguidísimo, el Sr. D. José María Vigil, ha publicado precioso estudio de Lafragua como literato. Sin duda que todos vosotros lo conocéis; me toca, por lo tanto, únicamente recordarlo y unir mis desautorizados aplausos á los del eminente director de la Biblioteca Nacional.

En una palabra: como político, diplomático, jurisconsulto y periodista, Lafragua ha sido una de las más brillantes glorias de México, uno de los hombres públicos más conocidos dentro y fuera del país, y uno de los vicepresidentes que mayor prestigio le dieron á esta corporación, la cual le confió sus destinos en 1868.

o
o

En la lucha de 1847, un oficial ingeniero, joven de veintitrés años, causaba el asombro de sus camaradas por su ardor de león en el combate y su ingenio al desbaratar las combinaciones estratégicas del enemigo. Ese joven, gloria del Colegio Militar, como soldado y como estudiante, que aun sin cumplir los cinco lustros gozaba ya de vasta reputación en la capital de la República; ese bravo que, poco después, atacando temerariamente al enemigo cuerpo á cuerpo, dentro de sus propias filas, caía prisionero suyo, era Francisco Jiménez, el sabio astrónomo, que más tarde honró el sillón presidencial de esta asamblea.

Su espléndida carrera escolar le había preparado á brillantes destinos. El fué el primero que, en unión del sabio maestro Salazar Ilarregui, marchó, designado por el Gobierno, á la dolorosa cuanto delicada misión de ir á trazar sobre la línea del Bravo, los límites de aquella colosal mutilación de nuestra patria; viacrucis científico que recorrió con admirable saber y patriotismo, disputando moléculas de tierra mexicana; tarea que reanudó con igual empeño cuando en 1855 fué nombrado comisario de México en Washington para la demarcación de límites. Algún día, señores, la patria sabrá detalladamente el inmenso servicio que en esa ocasión le prestaba Jiménez. No fuera discreto en las actuales circunstancias, extenderme más sobre este punto.



Sr. Ingeniero D. Francisco Jiménez,
Vicepresidente que fué de esta Sociedad.

Hablemos del sabio.

Sus blasones son estos: Catedrático muy aplaudido de mecánica racional y aplicada en el Colegio Militar (1853); ingeniero geógrafo, el primero que obtuvo este título en México (1856); comisionado por el Supremo Gobierno en 1861, y en unión del Sr. García Cubas, para formar la Carta general de la República; jefe de la sección primera del Ministerio de Fomento, y después subsecretario del mismo; primer catedrático de Geografía y Astronomía en el Colegio Militar (1872) y profesor de Náutica en el mismo plantel (1876).

Todos los países científicos del mundo se interesaron en observar el paso de Venus por el disco del Sol, acaecido en 1874 y visible en Asia. México se apresuró á enviar su delegación de sabios, en la que figuraron nuestro actual presidente nato el Sr. Ingeniero D. Manuel Fernández Leal, Secretario de Fomento, y el Sr. Jiménez como segundo miembro de la comisión, quien la honró altamente con sus observaciones en Yokohama. En 1877 recibió dos nombramientos de gran prestigio: el de inspector general de caminos de las obras emprendidas por la Secretaría de Fomento, y el de director del Observatorio Astronómico Central. El mundo de la ciencia le debió escritos de notable importancia, tales como: la Teoría sobre la predicción de los eclipses y ocultación de estrellas; pasos de Mercurio y Venus por el disco del Sol, y método para calcular la longitud de un lugar por medio de la observación de un eclipse ú ocultación de una estrella; traducción del inglés que ilustró con anotaciones muy sabias; determinación de la longitud de Cuernavaca por el método de señales telegráficas; la Memoria relativa á las observaciones astronómicas hechas en la exploración del río Mexcala; determinación geográfica de Toluca, Apam, Querétaro, San Luis, San Felipe y otros lugares, en cuyos trabajos tuvo por colaboradores á los reputadísimos maestros D. Agustín Díaz y D. Angel Anguiano; los cálculos relativos al paso de Mercurio por el disco del Sol el 6 de Mayo de 1878-79; la determinación de la fecha en que se verificó la Pascua de Resurrección, como problema astronómico; el telescopio y su poder amplificador; la carta celeste proyectada por el horizonte de México; la determinación de la longitud del péndulo de segundos y de la gravedad en México, á 2,283 metros sobre el nivel del mar; la curva meridional de tiempo medio, trazada por observaciones directas, en el Observatorio Astronómico Central, de Septiembre de 1878 á Septiembre de 1879.

La brevedad me obliga á suprimir la nota de otros muchos trabajos que se hallan en las Memorias de Fomento y en el Boletín de la Sociedad. Este sabio, cuyas virtudes caracterís-

ticas fueron la modestia y una admirable laboriosidad, se puso como un astro, en el ocaso de la vida, el 5 de Noviembre de 1881.

°°

Por muy urgente que sea acelerar estas notas biográficas, para limitarlas al tiempo que se me ha concedido, no es posible callar un nombre que todos vosotros y la patria toda, y en donde quiera que se cultivan las ciencias químicas, escuchan con profunda veneración, el nombre de Leopoldo Río de la Loza, cuya historia científica es como una de aquellas correrías triunfales de los emperadores romanos, y cuyas obras son un monumento de las luces de nuestra patria. Si sus títulos á la inmortalidad, apenas cabrían en un libro, ¿cómo podría encerrarlos en esta pequeña hoja de la dinastía científica de la Sociedad? Concretándome á la síntesis más extremada, diré: que nació en México en 1807. A los trece años ingresó como alumno en el colegio de San Ildefonso, venero de tantos sabios ilustres. A los veinte recibió el título de cirujano, y á los veintiseis el de médico. La Química fué su ciencia favorita, que nadie, ni anterior ni posterior á él, cultivó á tan grande altura. Apenas titulado, trató de popularizar esa ciencia, difundiéndola, como Flammarion ha difundido la Astronomía. Al efecto, estableció en su propia casa una cátedra de Química, que sirvió durante ocho años, pasando después á enseñarla por espacio de treinta en la Escuela de Medicina, Colegio de Minería, Colegio de San Jerónimo, Gimnasio Mexicano, Escuela de Agricultura, Academia de Bellas Artes y Escuela Preparatoria, en cuyos establecimientos formó la generación de químicos que hoy funcionan en todos los ámbitos de la República. El colosal magisterio de este sabio eminente en las aulas, no impidió que se aplicara bastante tiempo á otro magisterio, igualmente enorme: el de sus escritos. Tengo por innumerables sus artículos sueltos, publicados en muchos periódicos y boletines, sobre asuntos de ciencias naturales, todos ellos brillantísimos; todos ellos consultados, como se consulta una autoridad suprema, por nuestros sabios de primer orden; todos ellos recibidos con grande aplauso en el extranjero. En la imposibilidad de citarlos uno á uno, recordaré sólo aquellos en que los biógrafos de este insigne maestro, fijan con mayor atención sus miradas. Tales son los intitulados: «El azoturo de hidrógeno;» «El Liparolado de estramonio;» «Los remedios inconstantes;» su dictamen sobre las aguas potables de México; su análisis de las aguas de Atotonilco; «Almejas,» «Azufre» y «Salitre».



Dr. Leopoldo Río de la Loza

Vicepresidente de la Sociedad en 1862, 1869 y 1870.

«Cistina,» «Agua potable de Teotihuacán;» su estudio llamado así: «¿Debe preferirse como purgante el protocloruro de mercurio preparado al vapor?» «Drogas medicinales,» «Nuevo papel reactivo,» «Nuevo procedimiento para obtener el bicloruro de mercurio,» «Efecto de la tarántula administrada al interior;» su «Introducción al estudio de la Química;» su «Estudio sobre el estafiate;» su «Opúsculo sobre los pozos artesianos y las aguas naturales de más uso en la ciudad de México;» «El alumbrado de gas;» «El lenguaje científico;» «Un vistazo al lago de Texcoco; su influencia en la salubridad de México; sus aguas; procedencia de las sales que contiene;» «El Ahuautli;» «El Aerolito de Yanhuatlán,» y, sobre todo, la monumental Farmacopea Mexicana, primera y segunda edición, en que trabajó á maravilla, de las que fué el alma, y en las cuales dotó á la ciencia local del país, con un tesoro, en verdad, inapreciable.

En la historia de los hombres trabajadores, ninguno aventajará á éste en lo laborioso, pocos le igualarán en el acierto, ninguno en el afán, el ardor, el deseo infinito de iluminar, tras los cristales de roca de su encantadora modestia. Increíble parece que en los 53 años de su vida científica, es decir, desde que en 1829 ingresó en el Colegio de San Ildefonso, hasta el 2 de Mayo de 1873 en que falleció, hubiera podido realizar una empresa científica tan vasta como la suya, tan gigantesca, y siempre igualmente luminosa, como propagador de la ciencia, como elevadísimo maestro, como descubridor de productos químicos, como expositor y hasta como patriota, pues también él corrió á ponerse bajo la bandera de la patria en el luctuoso 47. Con razón, sus diplomas científicos formaron un volumen y las más sabias Academias le llamaron á su seno, algunas de ellas condecorándolo con medallas de primera clase, como la que recibió de la Sociedad Universal, Protectora de Artes Industriales en Londres, por el descubrimiento del "ácido pipitzahico."

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística se apresuró á hacer justicia á este grande hombre, eligiéndolo su Vicepresidente en 1862, 1869 á 1870, y en el lauro que ciñe la patria con la gloria de este sabio esclarecido, de fama imperecedera, la Sociedad tiene parte muy principal, porque á ella consagró sus mejores afanes, impulsándola, vigorizándola con el estímulo, trayendo á sus escaños á los hombres más prominentes de su época é ilustrando su publicación con trabajos admirables.

°°

Me acerco ahora, señores, al más elevado, al más glorioso, al más venerable altar, entre los que ha erigido á sus cultiva-

1080005053

dores la ciencia de la historia patria en México: estoy frente á Orozco y Berra. Hé aquí el Herodoto, el Tito Livio, el Mariana de México; hé aquí el Alejandro de las grandes conquistas en la inmensidad turbulenta de nuestros anales; el Moltke que libró la pujante y maravillosa campaña para destruir sombras, vencer dudas seculares y conquistar, con invencible acero las regias ciudades de la verdad.

Que los que escriben un libro se consagren á discutir si este sol nació en Puebla ó en México; que ellos tracen su aurora esplendente en el periodismo, en la política, en las bellas letras; que ellos examinen al poeta, al abogado, al ingeniero, al Ministro de Estado, al erudito de memoria asombrosa; que ellos describan al admirable cultivador de las ciencias matemáticas: al geógrafo, al catedrático, al autor siempre eminente, siempre aplaudido con admiración febril, de artículos, prólogos, estudios incontables esparcidos en periódicos, libros, revistas; al autor de memorias del Ministerio de Fomento; al colaborador más ilustre del Diccionario Universal de Historia y Geografía; al autor de «México y sus alrededores,» de la «Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México,» de la «Memoria para el plano de la ciudad de México,» de los «Materiales para una cartografía mexicana,» y de la «Historia de la Geografía en México,» que esos geógrafos, mil veces más competentes que yo y mucho más tranquilos en su faena, recorran pausadamente esa catedral de sabiduría, esa selva inescrutable de erudición, y midan, si pueden, la fuerza impulsora de ese Niágara de la ciencia. Yo sólo puedo, en el minuto que me resta, evocar aquí el recuerdo de dos monumentos no sólo de la ciencia mexicana, sino también de la universal: «La Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México,» y, sobre todo, «Historia Antigua y de la Conquista de México,» obra admirable que la primera Administración del Sr. Gral. Díaz, tuvo la gloria de mandar imprimir por cuenta del Tesoro Nacional. Comprenderéis, señores, mi temor al tocar el asunto de ese gran libro, cuando, habiendo convocado esta Sociedad á los hombres de saber, mediante premio honrosísimo y lucrativo, para que le presentaran juicios críticos de las obras de Orozco y Berra, en más de un año que lleva de expedida la convocatoria, ni un solo trabajo se ha remitido; ¡tan formidable así es para la crítica la tarea de penetrar en las profundidades de esos escritos! No lo intentaré yo, ciertamente; mas obligado por el plan mismo de esta breve reseña, me limitaré á lanzar una mirada sobre la superficie brillante de esa obra inmortal.

Un sabio académico ha dicho que ella es la última palabra sobre la historia de México; no me atreveré á decir otro tanto.



Sr. Orozco y Berra,

Vicepresidente de la Sociedad en 1871, 1876 y 1880.